

UN DESCENSO BAJO TIERRA

POR JUAN MARIA FELIU

*A mis compañeros del Grupo de Espeleología
de la Institución Príncipe de Viana.*

Es un día como muchos, de esos en que nos empeñamos en reconocer una zona ignorada, en el mundo subterráneo. La exploración comienza con su lento engranaje.

El sudor baña mi cuerpo, el cansancio se acentúa, miro hacia arriba y, quedo asombrado al observar un pequeño círculo luminoso, que empequeñece por momentos. Que arriba está, pienso. Tras una pausa para intentar ver lo posible en la oscuridad, sigo descendiendo a un fondo que no parece tener fin.

El inmenso tubo por el que descendiendo, se ensancha paulatinamente y entro en la bóveda de una caverna donde pierdo todo contacto con las paredes, por estas discurren unas frías y cantantes goteras, que rompen el silencio eterno, estas más tarde y al pasar bajo ellas, me dejan tiritando y de mal humor. Este pronto desaparece al desfilarse ante mi vista por el haz luminoso, un encrepado mar de rocas que cubren la caverna, ¡al fin! En pocos minutos tomo contacto con el suelo con enormes rocas.

A duras penas entablo conversación con superficie. Más tarde exploro la cavidad, está en su parte inferior, bajo grandes rocas desprendidas del techo, veo discurrir agua proveniente de las goteras. Cuando todo parecía terminar en un vulgar tapón, el agua me hace pensar en algo y deduzco que ¡a algún lugar tiene que ir a parar! Animado por una obsesión interrogadora, pronto me veo enfrascado en limpiar de piedras, en la parte baja del cono de deyección de la caverna.

Trabajando bajo tierra, el tiempo no tiene límites, el tiempo según casos parece multiplicarse, en otros disminuye, sin embargo en esta ocasión pronto veo bajo mí, un boquete inestable, justo para el paso de una persona. Seguidamente dejó caer una piedra con ánimo de sondear este nuevo y desconocido abismo, pasan los segundos, pareciéndome eternos, un sordo retumbar de paredes seguido de un lejano rodar sobre alguna rampa y nuevamente el silencio adueña el ámbito. Entre asombro y emoción, lanzo un grito de júbilo y como un chiquillo llamo a superficie pidiendo ayuda para seguir la exploración. Arriba deben estar de zafarrancho, pienso en multitud de ideas de todo tipo para seguir como bien dice nuestra canción «siempre para abajo, como el escarabajo».

Una lejana voz familiar me hace volver en la realidad, en la parte alta de la bóveda, aparece una pequeña luz, como una estrella perdida bajo un firma-

mento de lisas y mojadas paredes, la luz aumenta de tamaño y pronto ilumina la sala juntamente con la mía. Más tarde desciende otro compañero con material y el equipo transmisor aterrizando junto a nosotros con gran aparatosidad.

Colocamos un nuevo tramo de escalas y sin perder tiempo posible, me encuentro otra vez hacia lo desconocido. Pasan los metros, bajo mi las escalas se



... Las escalas se pierden en el negro abismo...

(Foto J. M. Feliu)

pierden en el negro abismo, bajar, bajar, ya todo me es igual, hasta he perdido la noción de la distancia.

Cuando menos esperaba, hago contacto con la pared, fea y sucia frente a mi, más tarde me parece llegar al fondo, el sobrante de las escalas están estacionadas en la base de un auténtico monolito. Cien metros me separa a mis dos compañeros de la sala superior y tras comunicar con ellos desciende uno para continuar la exploración, pues parece haber indicios de continuación.

El tiempo corre y rápidamente emprendemos camino hacia lo ignorado. Marchando por fuerte rampa cubierta de gran caos de rocas, logramos alcanzar

una estrecha galería en la parte inferior de la sala. Una fuerte corriente de aire frío procedente de lo desconocido, nos hace pensar en un conducto de comunicación con el exterior.

Durante un rato caminamos por la estrecha galería desembocando al final de esta, a una sala de grandes dimensiones, siendo superior a las anteriores.

La belleza que encierra este apartado rincón subterráneo es indiscriptible, paredes con grandes coladas, con el suelo, en su mayor parte, cubierto de blanco manto estalagmítico, formando numerosos y pintorescos gours, los cuales almacenan agua increíblemente transparente, hasta el punto que distraído en la contemplación de la sala, me remojó los pies al creer que están vacíos.

Exploramos la sala sin encontrar continuación, las aguas desaparecen entre enormes bloques de rocas en la parte baja de la sala impidiéndonos el ascenso a nuevas salas y galerías en incógnito.

Guiados por las diferentes señales colocadas durante el descenso, remontamos en sentido inverso las salas y galerías que habíamos cruzado horas antes.

Más tarde subimos la rampa del caos hacia las escalas, sobre mí, mi compañero resopla como un condenado, resonando en la estancia, un grito de júbilo anuncia su llegada a las escalas.

Asegurado por nuestro compañero de la sala superior, subimos con gran esfuerzo, pues las horas que llevamos bajo tierra empiezan a notarse.

Una vez en la sala superior recojemos el material y empalmamos con la vertical primera para poder recuperar el tren desde superficie.

Suben mis compañeros mientras recojo los últimos datos de la cavidad esperando el aviso de llegada del último, tras un rato largo, llega la voz de vía libre y ascenso. Compruebo los seguros y comienza la ascensión final hacia superficie, la boca de entrada parece alejarse más, los altos de descanso se multiplican, pero poco a poco oigo las voces de mis compañeros más claras, animado por ellos vuelvo en mí, la seguridad y confianza, creo que la moral completa.

Arriba las danzantes luces de mis compañeros anuncian cada vez más cercana la terminación de la exploración y de la aventura, sobre ellos un cielo estrellado.

La salida a superficie, como otras veces, de un fuerte tirón de las manos de mis compañeros que me tienden jovialmente, me dejan sentado junto a ellos con los pies colgando del abismo, mientras con una clara mirada estúpida, recorro mis alrededores, donde el resto del grupo se encuentra afanado en recoger el material.

Más tarde, bien entrada la noche y con la satisfacción de una labor cumplida, nos encaminamos hacia el pueblo, guiados por sus amarillentas luces.

Al atravesar el bosque, un suave murmullo de hojas movidas por el viento me hacen revivir, mientras dudo si he soñado con un descenso bajo tierra, sin embargo el hambre, cansancio y la mojadura siempre tan antipática de las cascadas, me demuestran la realidad. Mis compañeros y yo caminamos en silencio, disfrutando una vez más la vuelta a la naturaleza, a nuestro mundo bajo las estrellas.